

ESTILOS DE VIDA

El desorden

Llevar una vida muy organizada no conduce necesariamente al éxito y la eficiencia. Un poco de caos puede ayudar a encontrar ideas nuevas y a ser más flexibles. Descubran lo bien que se vive... ¡en el desorden!

Gente | 07/03/2009 - 03:31h | Actualizado el 09/03/09 - 06:08h

Piergiorgio M. Sandri

"Orden, orden". Es la frase que pronuncia el juez en el tribunal cuando tiene que calmar los ánimos en la sala de un juzgado. Y son las mismas palabras que suele emplear la madre después de contemplar con cara de desconcierto el caos en el cuarto de su hijo adolescente. También es el lema del ejecutivo que insta a sus empleados a ser más productivos.... Vivimos en el culto a la organización y a la planificación. Hasta extremos discutibles.

¿Quién no ha conocido nunca alguien que comprueba de forma compulsiva si los grifos gotean, si la luz está apagada o la puerta bien cerrada? O maniáticos que apuntan todos los números en la agenda, que ordenan de forma sistemática el escritorio, que colocan los objetos en la cocina de manera simétrica y alineada.... "¿Hay una obsesión por mantener el orden?", se preguntaba recientemente la revista norteamericana Forbes.

Existe un dato revelador: en plena crisis económica, el sector de sistemas de almacenamiento (cajas, archivadores, armarios a medida, cajones multiuso, etcétera...) crece a un 28% anual, con un volumen de ventas de 6.000 millones de euros, según The New York Times.

En Estados Unidos la organización eficiente del tiempo se considera un valor en sí. Hasta existe una profesión específica, la del "organizador" que pone orden... en la vida. La Asociación Nacional de los Organizadores Profesionales (NAPO) cuenta con 4.000 miembros. Sus servicios son muy requeridos: según los datos que maneja esta institución, el 96% de las personas reconoce que ahorraría tiempo si fuera más organizado en la gestión de su agenda y de sus objetos. En concreto, con mayor eficiencia se podría hasta ganar una hora de tiempo cada día, lo que corresponde a quince días al año. Casi nada.

En las empresas, el caos pasa factura. Según el libro *Conquering complexity in your business* del consultor Michael L. George, debido al desorden, la confusión y la falta de planificación, las empresas pueden llegar a perder hasta el 7% de sus ingresos anuales. El resultado es que los grandes ejecutivos se han obsesionado por imponer una rígida jerarquía en sus organizaciones, bajo el argumento de que gracias a este sistema se asignan responsabilidades y se mejora la productividad. La tesis es que una persona ordenada está más dotada para trabajar en equipo y para seguir instrucciones, ya que sabe cumplir las reglas del juego y esperar su turno. No es sólo un capricho de las empresas: incluso los profesores sostienen que un alumno disciplinado obtiene mejores resultados académicos, tiene mayor espíritu de sacrificio y logra ser eficiente...

Una encuesta de la Universidad de Columbia proporciona un veredicto inapelable: el 59% de los interpelados confiesa que tiene un juicio negativo sobre las personas desordenadas.

¿De dónde viene la atracción de la sociedad por el orden? Sus orígenes se remontan al paradigma de la eficiencia de las máquinas de la revolución industrial y de la imposición del modelo taylorista de la fabricación en serie, ordenada según un reparto de las tareas. Pero mucho antes, los dogmas religiosos difundieron la idea del orden social en el seno de la familia, como dogma religioso. Así que, por la razón que fuera, la persona desordenada acabaría teniendo varios problemas: impuntualidad, pérdida de eficiencia, estrés, falta de entusiasmo.

Sin embargo, no todo es negativo en el desorden. Grandes figuras de la ciencia, de la literatura o de la política en su vida fueron personas muy desorganizadas. Por ejemplo, el escritorio de Albert Einstein era un caos absoluto. "Si una mesa abarrotada es síntoma de una mente desordenada, entonces ¿qué debemos pensar de un escritorio vacío?", dijo el gran físico. ¿Y qué decir de Alexander Fleming? Se fue de vacaciones sin ordenar ni limpiar su laboratorio y al regresar encontró moho en su cultivo de bacterias y... descubrió ahí la acción antibiótica de la penicilina.

El célebre psicólogo suizo Jean Piaget vivía en un completo caos: con papeles y libros que llegaban hasta el techo. Piaget sostenía que lo suyo no era un desorden improvisado, sino el fruto de años de desorden acumulado, que había bautizado como "orden vital". "Pierdo menos tiempo buscando algo cuando lo necesito que ordenando todos los días", se justificaba. El

dramaturgo inglés Thomas Middleton recurría a la ironía para justificar su falta de orden: "Una de las ventajas de ser desordenado es que uno está continuamente haciendo nuevos y excitantes descubrimientos".

En la actualidad, son muchos los que defienden el desorden como estilo de vida. Uno de ellos es el premio Nobel de Economía Robert Fogel. Un día este académico se dio cuenta de que en su despacho en la Universidad de Chicago había una acumulación de papeles cada vez mayor. Cuando vio que ya no había sitio para trabajar, decidió instalar un segundo escritorio al lado del que tenía, que con el tiempo volvió a estar igual de cargado que el primero. Asimismo, cuentan que el arquitecto Frank Gehry, cuando los contratistas del Museo Guggenheim de Bilbao le preguntaron cuál era el plan de acción que tenían que seguir, contestó que "ninguno". Al parecer, el arquitecto no estaba preocupado por los ángulos y dimensiones exactas del edificio, sino que lo que le importaba era la impresión que causaría su obra ante los ojos de los visitantes. El resultado está a la vista de todos.

¿Por qué una persona es desordenada? Existen varias teorías. Hay individuos que no necesitan tener control de su entorno y prefieren improvisar sobre la marcha. Otros, en cambio, son paradójicamente demasiado perfeccionistas: piensan que no disponen del tiempo necesario para hacerlo todo a la perfección, con lo que la dejadez acaba imponiéndose. Basta pasearse por algún foro de internet para comprobar las distintas excusas que se suelen aportar para justificar la tendencia a la confusión. "Es mi cuarto, es mi desorden, es mi problema". "Si organizo luego no sé dónde están las cosas". "¿Para qué tantos esfuerzos? Al final el tiempo pone las cosas en su sitio". "Soy un artista, genial y creativo". "Que no entiendas mi orden no significa que esté desordenado". Y otras frases por el estilo.

Eric Abrahamson y David H. Freedman, autores de *Elogio del desorden* (Gestión 2000 Ed.), asocian el caos a la creatividad y la flexibilidad. Abrahamson es profesor de teoría de la organización en la Universidad de Columbia pero se define como una persona desordenada. "Si uno se para a ordenar cada rato, tampoco podrá avanzar. En cambio, existe un punto medio donde el rendimiento es más eficiente: el del desorden óptimo", dice. Según él, las personas (y las empresas o las organizaciones) rinden al máximo cuando consiguen mezclar en su vida diaria el orden y desorden hasta alcanzar "una situación única, original y difícil de copiar". Con la justa dosis de confusión, sostienen los autores, "se descubren relaciones entre cosas yuxtapuestas que de otra manera hubieran sido difíciles de ver".

El individuo desordenado, lejos de arrastrar debilidades, cuenta con varias ventajas a su favor. En tiempos cambiantes, como los actuales, se adapta mejor, de forma más drástica y con mucho menor esfuerzo. En cambio, los sistemas o las personas ordenadas son muchos más rígidos, lentos, tienen que seguir protocolos establecidos y los cambios que introducen suelen ser pequeños. Abrahamson y Freedman citan un caso real ocurrido en Estados Unidos de dos quioscos de periódicos, situados uno enfrente del otro: uno amontonaba diarios al azar, el otro era muy ordenado. El primero sobrevivió, el segundo cerró, porque se gastó dinero en personas extra para ordenar revistas, colocarlo todo bien, llevar a cabo inventarios informáticos... y quebró porque los costes superaban los beneficios.

Los números parecen respaldar en parte estos argumentos. La consultora Ajilon Office, firma especializada en investigación de los lugares de trabajo, ha revelado un dato interesante: después de varias encuestas en distintas compañías, ha comprobado que los que viven en un caos en su oficina cobran un sueldo anual que es casi el doble que el de los empleados que conservan la pulcritud en su mesa de trabajo. Hay más: según un sondeo de la Universidad de Columbia, la gente que afirma mantener un escritorio "muy limpio" acaba dedicando un 36% más de tiempo para encontrar los documentos que busca respecto a los que lo dejan "bastante desordenado".

¿Cómo es posible? Según el psicólogo y consultor alemán Stephan Grunewald, cada persona sabe gestionar con su propio código el desorden. "Los papeles más importantes siempre están localizables en las zonas más calientes del escritorio, mientras que los documentos inútiles emigran, casi por sí solos, a las zonas más frías de la mesa, como si estuvieran guiados por una mano invisible. Imponer a estas personas otro tipo de orden podría causar estrés, además de producir ineficiencias". Seguro que muchos de ustedes han podido comprobarlo en primera persona: por lo general, el trabajo más urgente suele permanecer encima del montón, mientras que los documentos secundarios tienen la tendencia a permanecer ocultos en la base de la pila. Lo que tiene perfectamente sentido.

En efecto, cuando se habla de desorden, todo es relativo: una persona puede ordenar una colección de CD del más favorito al menos favorito y alguien que observe la estantería puede tener problemas para determinar en qué orden están, y, por lo tanto, concluir, erróneamente que están mal colocados. Asimismo, se puede tolerar caos en el dormitorio ("total, sólo lo uso para dormir") pero al mismo tiempo tener imaculada la cocina ("es el lugar donde paso la mayoría del tiempo"). Luego existen los matices: personas que son ordenadas en el trabajo, pero un desastre en casa y viceversa. Puede que en la oficina, ante la presión social, seamos muy pulcros, pero cuando estemos en casa nos relajemos y nos sintamos cómodos en la confusión.

Algunas disciplinas encuentran en el desorden su lógica forma de ser: por ejemplo, la improvisación permite a un grupo de músicos de jazz crear su propia música y estilo, además de modificar la canción en cualquier momento para conectar con el público. De la misma manera, los buenos boxeadores son los que van dando saltos y rebotan al azar: desconciertan al adversario y esto hace que sea más difícil encajar un golpe. O cojamos un mercadillo de ropa usada. La mejor manera de encontrar la prenda que nos guste... es ir rebuscando entre el montón.

Manuel Almendro, psicólogo clínico autor de *Psicología del caos* (La Llave Ed.), cree que "en nuestra época se está abusando demasiado del control. Actuamos de forma mecánica, según la lógica causa-efecto y de esta manera perdemos la intuición y las variables intersubjetivas. Con la manía del orden, se está tapando la emergencia de algún miedo". Almendro sostiene que "el desorden tiene una gran importancia: engendra diferencias, pero a su vez emergen nuevos órdenes y todo el sistema se regenera". Según el neurólogo Jerrold Pollack, del Centro de Salud Mental Seacost, "la organización total es un intento fútil de negar y controlar lo impredecible de la vida".

Por supuesto, hay que distinguir: desorden no significa descontrol. El secreto consiste en no pasarse: "Cuando nuestra vida no va bien, perdemos los objetos de forma sistemática, no rendimos en el trabajo o entramos en conflicto con nuestra esposa o nos echan del piso... No conseguimos cumplir los proyectos que teníamos previstos. Entonces hay que volver atrás", advierte Freedman.

Encontrar la fórmula ideal entre la organización sistemática y el desmadre absoluto es casi un arte. "Creo que España, al ser un país latino, ha conseguido un buen equilibrio", dice Freedman. Con todo, no es una tarea fácil. "Es casi imposible saber las ideas que potencialmente podrías conseguir introduciendo más desorden. Yes difícil saber cuándo hay que romper las reglas y el sistema de organización vigente, porque es algo que por naturaleza o educación no solemos detectar. Por eso, yo siempre animo a las personas a que se arriesguen. Leer varias cosas a la vez, hacer asociaciones impensables... de este caos puede salir alguna buena idea. Seguro". Es la ley del desorden.